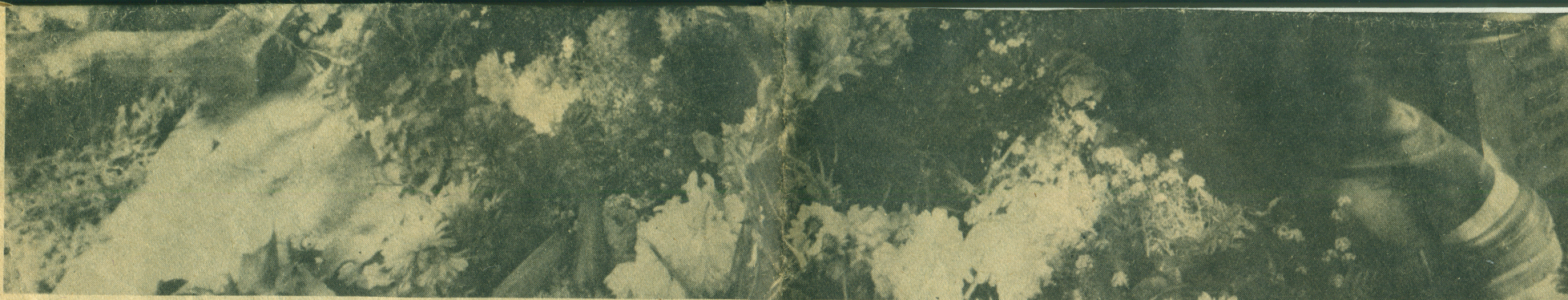


Treinta días duró su primer retorno a Chile

EN EL CONTRAPUNTO DEL ESTRIBO

El cantautor recuerda una canción para su padre ferroviario; se imagina a Violeta volando por el mundo y confiesa que su gran fortuna es haberse ganado el corazón del pueblo, "ganancia que no se cotiza en la Bolsa"





Angel confesó que sólo había estado en la tumba de su madre el día del sepelio, febrero del 67. Concurrió por segunda vez recientemente durante su permanencia en Santiago en su "primer" retorno al país, tras casi 16 años de destierro. Y dejó unas rosas rojas sobre la lápida que cubre a una Violeta legendaria en el sentimiento del pueblo y hasta santa para sus creencias

Treinta días duró el primer retorno de Angel a su tierra. Volverá en septiembre. "Acaso las uvas no me cautivan antes".

En medio del largo diálogo de *Fortín* con el artista inventamos un contrapunto. Vaivén de preguntas y respuestas.

—¿Escribiste alguna vez algo para tu padre?

—Una canción. La tienes que haber escuchado. La llamé *El Ferroviario*. Figura en un *longplay* editado entre el 68 y el 69.

—¿Qué es Violeta para ustedes, para ti? ¿Qué significó como madre y artista?

—Todo. La escuela primaria, la secundaria y la universitaria. Lo aprendimos todo de ella.

—¿Cómo la recuerdas?

—La verdad es que no la recuerdo como a un ser que murió. Me cuesta. Me hago la idea, me imagino

de que está viva, que está de viaje. Que anda volando por el mundo.

—¿Pero recién visitas su tumba?

—Ella murió el 5 de febrero de 1967. Fui al entierro. Fue dura la cosa, muy dura. Y nunca más fui al cementerio. Comencé a vivir con esa impresión, esa de que está de viaje, de largo viaje.

—¿Qué flores le dejaste?

—Rosas rojas. Le gustaban. Símbolo de sangre, de dolor, de lucha, de alegría, de fragancia, de calor, vigor y latido de pueblo, triunfo de pueblo.

—¿Cómo has sentido esta permanencia en tu patria?

—Ha sido un tiempo poderoso de vivencias esto de volver a estar con el pueblo, de volver a cantarle a mi público. De conversar con los dirigentes sindicales. De cantarle a los mineros en Sewell. De estar y conversar con los texti-

leros de Viña en huelga, con los universitarios.

—¿Has pensado en el retorno definitivo?

—Por ahora no. Creo que estaré un poco aquí y otro poco allá. Ahora voy a Francia —regresó el miércoles—, cumplo unas cuantas presentaciones en Europa y luego a Estados Unidos. ¿Si cansa? Claro que hubo cansancios en este destierro. Pero más de nostalgia que físicos. Pero esto de viajar y viajar ya se me hizo hábito. Desde la niñez, cuando con toda la familia, por entonces circense, nos íbamos por Chile, de pueblo en pueblo. Antes las fronteras surgían entre provincia y provincia. Hoy, cuando llevamos tantos años en el mismo que hacer por el mundo, estas fronteras me parecen cortas. Aunque sean entre un país y otro, ya casi no distinguió fronteras.

—¿Alguna anécdota especial durante estos días?

—Varias. En un recital en Maipú, en el local del sindicato Good Year, se me acercó un chiquillo y me habló: ¡*Compañero Parra, déme un autógrafo!* Yo tomé el lápiz y le firmé un papel. ¡*Hace 15 años que lo esperábamos!*, me dijo... ¡15 años! Si era un crío de unos 12 años.

—¿Qué es lo que más te ha impresionado de la gente, del pueblo en estos días?

—Su sed de escuchar canciones hechas por sus cantantes que somos nosotros. Su sed del canto humanista, del canto de la realidad. Que trasunte su homenaje y recuerdo a Allende, a Neruda, a la misma Violeta, a su misma realidad a través de nuestra creación, guitarra y canto. Tienen hambre del canto directo.

—¿Alguna ambición especial en este momento, cuando arreglas las maletas para partir?

—Recorrer, ojalá en

septiembre o antes, metro a metro todo Chile con mi guitarra, cantándole a los más sufridos y vapuleados. A veces tenemos que ser artistas de élite por gravitación profesional. Pero en lo personal, quiero entonar mi canto para todo el pueblo, para los más vapuleados, incluyendo a los chacabucanos, a esos del norte, y a los del sur.

—¿Qué ha ganado, materialmente, Angel Parra en estos años?

—Mucho en lo artístico, tú sabes el contacto con otras culturas, la natural madurez personal. En lo material, para vivir. Fíjate que mi mujer y yo tenemos bicicleta en Francia para desplazarnos de un sitio a otro. Lo que he ganado, valiosísimo, es el cariño de la gente, de los exiliados, de los europeos. Aquí, con los europeos se produjo el fenómeno de la solidaridad por el artista chileno, pero con una respuesta novedosa y cualitativa del

artista chileno a esa solidaridad. En todo caso, pienso que ese cariño de la gente, el corazón del pueblo chileno que tuvo que vivir afuera, latiendo por el regreso y que se emocionó con mi canto, ha sido la mejor de las ganancias. Lo mismo el corazón y el afecto que he recogido por estos días acá, ha sido la mejor de las fortunas y éstas no se cotizan en la Bolsa, el alma no se cotiza, no es negociable.

—¿Qué quieres decirle al pueblo chileno antes de tu partida?

—Que vuelvo, a más tardar, en septiembre. Pero que mientras tanto seguiremos experimentando el gran aprendizaje del pueblo. Buscando la fórmula de ayudar, para complementarnos con su heroica tarea de cada día en búsqueda de la libertad.